





**EL ESTUDIO CIENTÍFICO DE  
LA CONDUCTA INDIVIDUAL:  
UNA INTRODUCCIÓN  
A LA TEORÍA DE LA  
PSICOLOGÍA**



*EMILIO RIBES IÑESTA*

EL ESTUDIO CIENTÍFICO DE  
LA CONDUCTA INDIVIDUAL:  
UNA INTRODUCCIÓN  
A LA TEORÍA DE LA  
PSICOLOGÍA

*Co-presencias Editorial*

COLECCIÓN: “PSICOLOGÍA ACADÉMICA”

Sección: Teoría de la Psicología

Editor: Manuel Porcel Medina

Co-presencias Editorial

*Co-presencias pretende ser una editorial crítica de Psicología y Filosofía de la Psicología, con el compromiso de construir acercamientos a dichos ámbitos con matices de honestidad y verdad.*

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la ley.

Si se quiere compartir, difundir, reproducir, distribuir o comunicar públicamente en cualquier tipo de soporte, pidan autorización al autor de la obra, a través de la editorial:

*[copresenciaseditorial@gmail.com](mailto:copresenciaseditorial@gmail.com)*

Portada: Ilustración de Julio Sanz Molleda

Edición revisada y corregida

©Emilio Ribes Iñesta

©Co-presencias Editorial

C/Babolé. Granada. España

[www.copresencias.com](http://www.copresencias.com)

Depósito Legal: SA 583-2024

ISBN: 978-84-09-65486-4

## Índice de contenido

Prefacio a la segunda reimpresión	13
Agradecimientos	15
Advertencia	17
Prólogo	19
<i>Capítulo 1:</i> Los fenómenos psicológicos y el lenguaje ordinario	23
<i>Capítulo 2:</i> Historia natural y conceptual de los fenómenos psicológicos	53
<i>Capítulo 3:</i> Del lenguaje ordinario al análisis científico: el campo interconductual	117
<i>Capítulo 4:</i> De los campos psicológicos como sistemas de contingencias	155
<i>Capítulo 5:</i> Orientándonos y reaccionando en el mundo: las contingencias de acoplamiento	213
<i>Capítulo 6:</i> Cambiando el mundo mediante nuestro comportamiento: las contingencias de alteración	253
<i>Capítulo 7:</i> Aprendiendo a distinguir entre lo constante y lo cambiante en relación: las contingencias de comparación	311
<i>Capítulo 8:</i> Persuadiendo e influyendo a otros y a nosotros mismos: extendiendo circunstancias mediante el lenguaje	353
<i>Capítulo 9:</i> Interactuando con nuestro propio lenguaje: las contingencias de transformación	395
<i>Capítulo 10:</i> Retornando al individuo y su historia: el devenir y la biografía	453
<i>Capítulo 11:</i> Transitando entre los límites: lo psicológico en la multidisciplina y en la interdisciplina	515
<i>Capítulo 12:</i> La vuelta a la vida cotidiana: creencias, criterios morales y cambio de prácticas	587
Epílogo	625
Bibliografía	629



*A Lucha, que hubiera disfrutado su lectura*

*A Sara, para que la disfrute*



*Para concluir: a menos que los científicos conductuales occidentales comiencen a desarrollar un cuadro teórico más general por sí mismos que tenga algo que aborde la visión y el poder integrador que tiene el “materialismo histórico” para los rusos, nuestros argumentos están sentenciados (creo) a permanecer bajo la medianía. Por un lado, habrá quienes vean toda la conducta humana como un fenómeno más de la naturaleza: esto es, quienes están dedicados a descubrir solo “leyes generales” dependientes de procesos universales ahistóricos y, por lo tanto, libres de toda variabilidad cultural. Por otro lado, habrá quienes vean la Cultura como un campo de estudio distinto y enteramente autónomo, diferente a la naturaleza; un campo dentro del cual la diversidad y la variedad sean la regla, y no se busquen “leyes generales”. Por mi parte, esta polarización constante me parece una perspectiva deprimente...*

*Stephen Toulmin (1978)*



## **PREFACIO A LA SEGUNDA REIMPRESIÓN**

Seis años después de su publicación inicial se reimprime esta obra, de manera más cuidada editorialmente. No he querido realizar ninguna modificación ya que, posteriormente a su publicación en 2018, aparecieron dos nuevas obras: “*Teoría de la psicología: corolarios*” (2021) y “*Teoría de la psicología: reflexiones últimas*” (2023).

Estas obras “recogieron” muchos de los nuevos problemas planteados por la teoría de campo: en el terreno conceptual, en el teórico, en el de las aplicaciones sociales, así como en relación a temas que usualmente se relacionan con la psicología.

Quizá la contribución más importante, desarrollada en las obras posteriores, es la concepción de la conducta psicológica como desligamiento funcional, y su naturaleza coextensiva a las conductas biológica y social. Lo psicológico, como objeto de conocimiento, constituye siempre una fracción del comportamiento biológico y/o social: el cambio funcional de un comportamiento en un individuo particular en una situación y circunstancia específicas. La conducta psicológica constituye, de este modo, el momento de transición funcional, del comportamiento biológico y social, y nada más. La pertinencia del conocimiento psicológico, por consiguiente, se restringe a la individuación, y no a procesos generales que afecten la vida ecológica y social. Su aplicabilidad es limitada, pero altamente significativa para cada individuo. A partir del conocimiento psicológico es ilusorio suponer que se puede transformar la vida ecológica (evolución) o la vida social (transformación, por no usar el término ‘revolución’).

Xalapa, México, octubre 2024

Emilio Ribes Iñesta



## AGRADECIMIENTOS

A pesar de que nuestra cultura alienta y premia la originalidad como cualidad individual, esta no es más que una ilusión. Todo acto humano, sea considerado creativo o no, ocurre siempre auspiciado, cultivado y alimentado colectivamente. Los individuos concretamos circunstancias colectivas, pero no somos su principio o causa. Es por ello que esta obra debe mucho a muchos, algunos de ellos, ausentes física o situacionalmente desde hace tiempo y, otros, en contacto reciente con el proceso de elaboración de este libro. La mayor parte de ellos, no todos, forman parte del entorno de colegas y estudiantes en que he convivido durante mi vida profesional. Otros, han sido personas muy cercanas en mi vida que, advertida o inadvertidamente, me han estimulado, enseñado, apoyado e inspirado. Por esta razón, no voy a enumerar a todos aquellos que, de una manera u otra, han contribuido, para bien o para mal, a que haya podido concluir este libro. Sin embargo, deseo hacer tres menciones. Primero, a los estudiantes y colegas del Centro de Estudios e Investigaciones del Conocimiento y Aprendizaje Humano de mi universidad, que escucharon paciente e interesadamente (por lo menos, eso supongo), la lectura semanal de los avances en la redacción de la obra. La lectura me permitió detectar imprecisiones, errores, falta de claridad y, en general, ayudó a mejorar el texto técnicamente. En segundo lugar, no puedo más que agradecer a Eduardo Sánchez Gatell nuestras conversaciones semanales vía electrónica, en las que me planteó dudas y cuestiones que me hicieron revisar y precisar algunos conceptos y secciones del libro, en tiempo real. Finalmente, Lizbeth Pulido, Margareth Rangel, Alejandro León, y Varsovia Hernández me prestaron su inestimable ayuda para elaborar la bibliografía y figuras del libro. Sin ellas, la terminación formal del texto se hubiera demorado largo tiempo. Para concluir, debo mencionar que una parte de esta obra fue escrita durante el goce parcial de un año sabático, concedido por la Universidad Veracruzana.



## **ADVERTENCIA**

Al concluir el último capítulo, me sentí obligado a añadir esta advertencia inicial, adicionalmente al epílogo que cierra este libro. Se trata de adelantar a los lectores que, quizá, a medida que vayan avanzando en las páginas del libro, encontrarán “cosas de más” que las anunciadas en el prólogo. Debo aceptar que, de ocurrir, no será una impresión incorrecta. Sucede que lo que se propuso inicialmente como un libro introductorio relacionado con una obra previa en coautoría, se convirtió paulatinamente, durante su escritura, en un planteamiento que trascendía las intenciones primeras. El resultado fue una reformulación de la teoría de la conducta fundamentada en un modelo de campo, con una sistematización más precisa, con mayor refinamiento de los conceptos y de los problemas que se abordan. Debo confesar que no pude evitarlo, pues el análisis y tratamiento de los distintos aspectos de la teoría fueron fluyendo, como si tuvieran voluntad propia, mientras se escribían los distintos capítulos. Lo más sencillo hubiera sido, al finalizar, realizar algunos cambios en el prólogo para evitar toda discrepancia, pero he decidido no hacerlo porque no correspondería al proceso que ha tenido lugar. En cierta medida, la elaboración de este libro ilustra, quizá de manera involuntaria, uno de los contactos funcionales que se examinan en las secciones finales: los contactos de transformación. Parafraseando a Saramago, cuando expresaba de uno de sus personajes, que uno no toma las decisiones, sino que las decisiones lo toman a uno, podría decir, de manera similar, que uno no participa en la transformación de relaciones conceptuales, sino que las transformaciones lo convierten a uno en parte de ellas.



## PRÓLOGO

En contra de lo que normalmente se piensa, escribir un libro introductorio no es tarea fácil. Para estar en capacidad de hacerlo, no solo se requiere “dominar” el campo de conocimiento acerca del cual se pretende informar, sino que además se debe tener la claridad conceptual suficiente para exponer dicho conocimiento en forma sencilla y comprensible, haciendo a un lado un exceso de terminología especializada, sin perder la precisión y rigor de lo expuesto. En este sentido, esta obra constituye un caso singular por varias razones.

La primera razón tiene que ver con la condición que guarda la psicología como proyecto de disciplina científica. Aparte de que hay una psicología del sentido común, de cuyo conocimiento participamos todos los mortales en distintos grados, la psicología, a diferencia de otras disciplinas de conocimiento, no tiene un objeto de estudio universalmente reconocido. Existen de hecho muchas psicologías, todas con la pretensión de ser científicas, pero difiriendo en la forma en que conciben lo psicológico, los conceptos que lo describen de la mejor manera, y los métodos para su estudio e investigación. Es por ello que escribir una introducción a la teoría de la psicología es particularmente complicado: ¿A cuál de todas las psicologías se va a dirigir dicha introducción? La solución tradicional a, lo que podríamos llamar de manera poco ortodoxa, este “multilema” (pues supera al concepto de dilema en mucho), ha sido el eclecticismo. El eclecticismo elude analizar los conceptos en relación con sus marcos de referencia teóricos y, de esa manera, mezcla (en el caso de la ciencia) lenguajes técnicos con supuestos y significados diferentes, como si todos formaran parte de un lenguaje común neutro. Hablar de cosas distintas como si fueran la misma cosa, o su contrario, hablar de cosas iguales como si fueran diferentes, solo provoca confusión e incompreensión. El eclecticismo, en ciencia, es una fuente de confusión, a diferencia de lo que ocurre en otros campos, en los que el eclecticismo representa solo una falta de compromiso con un criterio determinado, como, por ejemplo, en los casos de la moda o el diseño. La solución que voy a adoptar es, en primer lugar, rechazar el eclecticismo y, por consiguiente, su falsa sustentación en la interpretación laxa de situaciones naturales o de experimentos realizados con distintas metodologías y propósitos. En segundo lugar, trataré de justificar una concepción científica de la psicología, que la ubique en relación con las

otras ciencias empíricas, haciendo explícito como se fundamenta su objeto y método de conocimiento de lo que, en las prácticas ordinarias del lenguaje, reconocemos como fenómenos psicológicos o “mentales”.

Una segunda razón se relaciona con el motivo y marco de referencia teórico que da sentido a esta obra introductoria. Hace exactamente treinta años se publicó *Teoría de la conducta*: un análisis de campo y paramétrico (TC), escrita en colaboración con Francisco López Valadez. Dicha obra fue un intento por construir una taxonomía (y el posterior análisis de proceso) de los fenómenos psicológicos, desde la perspectiva de la lógica interconductual formulada por J.R. Kantor. Al margen de las virtudes y deficiencias de dicho intento, en su introducción aclaramos que no se trataba de una obra didáctica. Y, en este punto, se basa, quizá, un doble motivo para embarcarme en esta aventura. El primero, su origen, es una promesa que le hice en vida a mi fallecida esposa, Luz Adelina, de escribir un libro introductorio, que hiciera comprensible, a los “no iniciados” (y agregaría ahora, a los que se creen “iniciados”), la propuesta alternativa que representa TC, como un primer paso en el desarrollo de una teoría de la conducta comprensiva y sistemática. El segundo motivo no es diferente en propósito: se trata de escribir una obra que haga explícitos algunos conceptos y consideraciones que fundamentan TC, y que, a la vez, permitan mostrar el tránsito lógico y conceptual que va, desde la identificación adecuada de la fenomenología del mundo de lo psicológico, hasta la construcción de un lenguaje abstracto que permita su comprensión científica y, posteriormente, su extensión a otras disciplinas, así como su retorno al mundo de las prácticas del lenguaje ordinario que le dieron origen y sustento. En palabras de Luz Adelina, se trata de un libro que podría titularse “Para leer TC”, parafraseando el conocido libro de Althusser sobre *El Capital*.

Una tercera razón tiene que ver con la estructura y contenido del libro. Los textos introductorios se apegan, con algunas variaciones de énfasis, a una temática constituida por lo que el eclecticismo, “pegamento” que une en la práctica a las distintas psicologías, destaca como “funciones y/o estructuras psicológicas básicas”. Estas funciones o estructuras de la teoría psicológica no se distinguen de los términos que usamos todos nosotros, psicólogos y no psicólogos, en el lenguaje ordinario cotidiano. No constituyen términos técnicos creados especialmente mediante un análisis científico que capte las propiedades compartidas por fenómenos aparentemente distintos en el mundo común y corriente y, tampoco, no son términos usuales adaptados con fines técnicos y con un significado único, universal, aceptado por todos los

estudiosos de la(s) psicología(s). Se trata, más bien, de dar por hecho que las palabras insertas en nuestras prácticas individuales cotidianas denotan, son descripciones o referencias de actividades que ocurren en nuestro interior, actividades que obviamente “percibimos” solo como “consciencia” de lo que nos ocurre o hacemos. Para todos es evidente que la “consciencia”, cuando usamos o aplicamos el término, tiene que ver simplemente con la posibilidad de hablar o señalar lo que ocurre, lo que nos ocurre, o lo que hacemos, pero que no se trata de un cinematógrafo interno en donde observamos nuestro propio devenir como espectadores y protagonistas simultáneamente. Sin lenguaje, la mención a la “consciencia” no tendría lugar, excepto como equivalente a reaccionar antes las cosas y acontecimientos. Por esta razón, términos tales como sensación, percepción, memoria, imaginación, pensamiento, inteligencia, emoción y otros similares, que se emplean como términos ordinarios de nuestras relaciones interpersonales, no figuran en el índice temático de este libro. Esto no significa que los fenómenos comprendidos, que incluyen el uso de dichos términos, dejen de ser analizados. Todo lo contrario. Intentaremos demostrar como las prácticas de lenguaje ordinario, que incluyen la ocurrencia de dichos términos, constituyen el primer nivel de análisis requerido para un estudio científico del comportamiento.

La cuarta, y última razón, tiene que ver con los temas examinados y el “estilo” con el que se abordará su análisis. Los capítulos de este libro seguirán el proceso que caracteriza la delimitación del objeto de conocimiento científico de la psicología, a partir del análisis de los términos “mentales”, el seguimiento de su historia natural como conceptos, la formulación de conceptos abstractos para identificar las propiedades funcionales comunes de fenómenos aparentemente distintos, así como las propiedades diferentes de fenómenos aparentemente similares. Se describirán cinco clases generales de fenómenos psicológicos, con base en una reformulación de la taxonomía propuesta en TC, y se examinará cómo dichos conceptos, y la evidencia empírica que sustenta su adecuación, pueden extenderse a la colaboración multidisciplinaria y al análisis de retorno de los fenómenos psicológicos en distintos campos de la vida cotidiana, como la salud, la educación y otros. El estilo para hacer este recorrido procurará ser la simplicidad, con términos técnicos formulados de acuerdo con los requerimientos lógicos del análisis de campo, con ejemplos fáciles de entender, y sin recurrir, de no ser necesario, a la literatura especializada y a la descripción de experimentos. En los distintos capítulos se incluirán avances, extensiones y precisiones conceptuales y metodológicas que han

tenido lugar en los treinta años transcurridos desde la primera versión de TC y, por esa razón, se presentarán conceptos no incluidos originalmente, así como formas de análisis nuevas. El resultado será, indudablemente, algo más que una presentación más “accesible” a la teoría de la conducta, como teoría de la psicología. De hecho, como el propio título lo sugiere, se trata de una introducción a la teoría de la psicología, más que a la psicología propiamente dicha. Debido a ello, es conveniente subrayar que este libro no es un compendio ni una obra de divulgación. Pretende ser un libro introductorio, en tanto se propone una nueva manera de concebir y estudiar los fenómenos psicológicos; por la misma razón, el planteamiento es de carácter técnico y riguroso. Confío en que mis buenas intenciones tengan un final feliz.

Después de treinta años de estudiar los fenómenos psicológicos desde la perspectiva de TC, y de verme obligado en ese proceso a reflexionar de manera permanente sobre la adecuación de los conceptos empleados, de los métodos desarrollados, y de la lógica general del sistema, creo haber alcanzado un mínimo de claridad y madurez conceptuales suficientes para transmitir esta perspectiva a colegas, estudiantes, e interesados en general, como posibilidad de una psicología científica. Será su juicio el que determine si logré mi propósito.

Xalapa, Ver., septiembre 2015

## CAPÍTULO 1: LOS FENÓMENOS PSICOLÓGICOS Y EL LENGUAJE ORDINARIO

**E**n ciertos ámbitos del conocimiento popular, influidos por creencias religiosas o por viejas tradiciones culturales, se acostumbra a hablar de los fenómenos psicológicos como actividades o acontecimientos especiales que ocurren en, o forman parte de, entidades como el alma, el espíritu, la razón, la voluntad o la mente. Se supone que estas entidades, no solo son aparentemente inaccesibles para los demás, sino incluso para la propia persona, la que siente no tener dominio sobre ellas o saber de qué depende su funcionamiento. A menudo, se considera a los fenómenos psicológicos como experiencias internas, privadas, que no son parte del mundo objetivo. Sin embargo, y en contradicción manifiesta con esas creencias, los fenómenos psicológicos forman parte de nuestra vida cotidiana y estamos plenamente familiarizados con sus circunstancias y formas de ocurrencia, no solo en nosotros mismos, sino también en los demás. Continuamente reconocemos, alentamos, auspiciamos, anticipamos, e incluso explicamos la ocurrencia de los fenómenos psicológicos en los otros y en nosotros mismos.

Para comprender esta aparente contradicción, primero examinaremos la naturaleza del lenguaje como práctica exclusivamente humana, para poder desentrañar el significado y aplicación de los términos, palabras y expresiones que supuestamente “referen” a los fenómenos psicológicos.

### **El lenguaje como práctica social**

Cuando hablamos de lenguaje, dado el sesgo de nuestra educación al respecto, lo primero en lo que pensamos es en una conversación, en donde dos personas hablan, o en las áridas reglas gramaticales de cómo se escribe correctamente en una lengua determinada. Pero, obviamente, conversar y escribir una narración o algo con sentido, no constituyen las formas iniciales, ni las más frecuentes, en las que se practica el lenguaje y que, se puede suponer, tampoco tienen que ver con su emergencia como un tipo de comportamiento exclusivo de la especie humana.

Hablar, como el propio término lo indica, nos conduce inevitablemente a pensar el lenguaje como palabras que ocurren mediante la fonación de soni-

dos articulados, con un significado ya determinado. Sin embargo, el lenguaje no solo consiste en hablar, aunque en nuestra actual etapa histórica es, quizá, la forma más usual de ocurrencia del lenguaje. El lenguaje, en realidad, es un sistema práctico de interrelación entre los seres humanos que reemplaza o complementa las acciones directas o mecánicas de unos sobre otros: individuos, organismos, cosas o acontecimientos. Los seres humanos nos afectamos mutuamente no solo mediante sonidos en la forma de palabras o frases, sino también mediante gestos, indicaciones y expresiones, así como mediante grafismos diversos que constituyen distintas formas de lenguaje escrito, “natural” o técnico. No solo los gestos y expresiones anteceden al habla (o discurso) en la emergencia del lenguaje a partir de la interacción con padres y cuidadores, sino que esto también debió ocurrir en la historia evolutiva del hombre como especie y su transformación en un ser social. En otro capítulo examinaremos el proceso de “adquisición o aprendizaje” del lenguaje con mayor detalle. En este momento, es suficiente tener en cuenta que el lenguaje no consiste solo en hablar, sino que el habla es precedida por la gesticulación expresiva, y que además siempre se ve acompañada por ella. Siempre que se habla, lo que se dice ocurre conjuntamente con expresiones faciales y gestos que le dan sentido y matizan o enfatizan al discurso en términos de palabras, frases, exclamaciones o interrogaciones. Nunca ocurre el lenguaje hablado sin lenguaje gestual integrado.

El lenguaje tiene otras características que subrayan su naturaleza práctica, colectiva y en permanente transformación. A los vestigios del lenguaje, siempre en la forma de registros, ya sea gráficos o sonoros (las grabaciones en tiempos recientes), para contrastarlos, los llamaremos lenguaje “muerto”. Estos vestigios son el resultado de la actividad práctica de individuos en situaciones particulares y con propósitos específicos. Como productos posteriores al episodio que los genera, los vestigios del lenguaje nos dan poca información sobre las circunstancias en que tuvo lugar el comportamiento de escribir, hablar o cantar que les dio lugar. Sin embargo, es importante considerar el lenguaje “muerto” escrito, pues a diferencia del habla o canto grabados, no es un simple registro analógico. El lenguaje escrito, mientras ocurre como lenguaje vivo en el acto o proceso de escribir, crea o genera objetos convencionales en la forma de objetos lingüísticos: los textos de distinto tipo, desde el pictográfico, el jeroglífico, el alfabético o el simbólico, este último en las disciplinas formales (lógica y matemática) o en la composición musical, principalmente. El escribir, al producir objetos convencionales, crea la posibilidad de afectar a

otros, directa e indirectamente en el tiempo y en el espacio, desligando a los seres humanos de la especificidad circunstancial del lugar, el momento, las cosas y eventos concretos en que tiene lugar su comportamiento. Más adelante volveremos nuevamente a examinar la importancia funcional del escribir, como práctica lingüística.

La escritura procura la falsa ilusión de que las palabras existen independientemente de los seres humanos o de sus prácticas. Recuértese, entre otros ejemplos, el comienzo del Génesis afirmando que en un principio fue el verbo, como prueba de esta tendencia a separar a los productos del escribir de la práctica circunstanciada y funciones en que tiene lugar su creación. Pero, en efecto, esta supuesta independencia es solo una ilusión. Las palabras no son independientes de la práctica que las crea y en cuya presencia tienen alguna función o sentido. De hecho, el lenguaje como gestos, habla, canto, o escritura siempre ocurre como parte de una actividad, una actividad que incluye cuando menos a otro individuo, ya sea presencialmente o como referencia potencial (a veces la misma persona hablándose y escuchándose, escribiendo y leyéndose, o gesticulando y observándose, en dos momentos distintos, en diacronía inmediata o mediata). La práctica lingüística, es una actividad siempre en circunstancia, definida por los otros con los que tiene lugar como una forma de relación social. No hay palabras o gestos sin personas que las pronuncien para que sean escuchadas, escritas para que sean leídas, o realizados para que sean observados e interpretados, siempre con el fin de afectar a otras personas mediante dichas palabras integradas en el acto en que ocurren, en una determinada circunstancia, presente o posterior. Siempre se habla, gesticula o escribe como parte una actividad más general, que tiene sentido solo en la medida en que, como práctica, se relaciona con la actividad de otros y, de un modo u otro, constituye la forma de relacionarse entre sí, de formar parte, con sentido, de la circunstancia en que tiene lugar la práctica, como práctica social. El lenguaje, en primera instancia, es lenguaje vivo, y constituye una práctica social. Es una práctica que permite relacionarse con los demás de manera no mecánica, como contacto directo e indirecto, que permite trascender las limitaciones temporales y espaciales del lugar, el momento y las circunstancias concretas. Por eso no tiene sentido plantear la existencia de lenguajes privados: son innecesarios y carecerían de utilidad. Hablar solo o hablarse a uno mismo no es un lenguaje privado, es un lenguaje en privado. Todo lenguaje, en principio, requiere y presupone cuando menos a dos personas, y siempre tiene lugar como práctica, e incluso

los productos de esa práctica, como vestigios (o lenguaje muerto), tienen solo funcionalidad o sentido como parte de otra práctica en un momento, lugar, circunstancias y con personas distintas. No hay lenguaje en sí mismo, en aislamiento, o encapsulado.

La forma aparentemente más usual de la práctica lingüística es el habla, pero ya hemos señalado que el habla va siempre integrada con gestos expresivos e indicativos. En sociedades alfabetizadas, sin embargo, escribir constituye también una práctica de gran frecuencia, no solo en los ámbitos tradicionales, sino también ahora en el llamado mundo virtual, con la emergencia de nuevas convenciones de intercambio escrito poco ortodoxas y pasajeras. Pero gesticular, hablar y escribir son prácticas que tienen lugar mediante acciones claramente identificables, en la forma de distintos comportamientos efectivos en el que habla (al articular órganos fonadores y producir sonidos), en el que gesticula (al mover músculos faciales, y cambiar la postura general, o la de la cabeza y sus extremidades, incluyendo especialmente los dedos de las manos), y en el que escribe, lo haga con un lápiz, pluma, o pincel, un telégrafo, un teclado de máquina de escribir o de computadora, o incluso con un cincel y martillo o un soplete. Todas estas formas de ejercicio lingüístico involucran movimientos y acciones observables que producen un efecto sensorial o perceptual en los otros. A estas maneras de ocurrir del ejercicio lingüístico las llamaremos modos activos. Sin embargo, el ejercicio lingüístico también tiene lugar mediante formas de comportamiento que son inefectivas, en tanto no se observan como cambios ostensibles para los otros. Estos comportamientos inefectivos, complejos también, comprenden el ejercicio lingüístico al observar gestos expresivos, al escuchar frases, palabras y exclamaciones, y al leer textos de diversa naturaleza. A estas formas, comprendidas en toda práctica lingüística, las llamaremos modos reactivos. Los modos reactivos preceden a los modos activos como funciones lingüísticas en el transcurso del desarrollo de la persona. Si no se escucha, no se puede imitar lo que otros dicen y por consiguiente no se puede hablar, de allí que los sordos de nacimiento se conviertan en sordomudos. Igualmente, las expresiones faciales y los gestos no pueden reproducirse (al margen de que pueden ocurrir accidental o incidentalmente sin contexto funcional) a menos que podamos observar el rostro, expresiones y movimientos de los otros cuando hablan y cuando reaccionan a lo que los otros dicen. De igual manera, no se puede aprender a escribir, si no se leen los grafemas que corresponden a sonidos articulados aislados o en segmento, a sonidos musicales, o símbolos que representan a textos o relaciones

entre textos. Se pueden copiar grafemas, pero esta actividad no puede llamarse escribir. Dada esta relación genética inicial, puede decirse que, cuando no hay carencias sensoriales biológicas, los modos lingüísticos activos y reactivos son funcionalmente complementarios, no solo porque unos son condición inicial para que los otros aparezcan, sino porque además son la contraparte que retroalimenta y permite que su ocurrencia tenga efectos y sentido. Nadie escribiría para un ciego, le hablaría a un sordo, o le haría gestos a un ciego, sean estas deficiencias orgánicas o simplemente funcionales. Es importante tener en cuenta que, tanto en los modos lingüísticos activos como en los reactivos, tiene lugar algo más que una simple acción o reacción corporal. En los modos activos, no se realiza cualquier movimiento al gesticular, no se emiten sonidos sin ton ni son al hablar, o se hacen trazos o hendiduras de cualquier tipo al escribir. Tampoco cuando se observa se atiende sin sentido a cualquier movimiento, parte del cuerpo, u objetos presentes, o cuando se escucha simplemente se oye todo lo que afecta acústicamente, ni al leer se escruta el texto en cualquier dirección. Todas las acciones y reacciones lingüísticas se ajustan a los criterios convencionales de la práctica social que les da sentido y funcionalidad.

La práctica del lenguaje, sin embargo, no es unimodal, sino que siempre está constituida por un conjunto de actividades multimodales también en lo estrictamente lingüístico. El lenguaje, como práctica social, tiene lugar siempre en la forma de patrones organizados de interacción multimodales, que incluyen siempre a un interlocutor/escucha u observador y a un lector. Estos patrones siempre ocurren en circunstancia y es la circunstancia la que configura su organización y sentido. Dentro de estos patrones, escuchar no es oír, sino ser diferencial a segmentos especiales de sonidos estructurados, se observan solo movimientos con sentido, en secuencia y coordinación y dirigidos a objetos o personas o con base en lo que los mismos movimientos representan, y cuando se lee se distinguen signos y símbolos en cierto orden y relación, que los segmenta y da sentido como objetos convencionales que abstraen cosas, acciones, acontecimientos y episodios completos no presentes. Al gesticular, hablar y escribir, no solo se integran circunstancialmente los distintos modos activos y reactivos como episodios multimodales, sino que estos patrones incluyen, como razón misma de su ocurrencia, a otras personas, cosas, acontecimientos y acciones ante los que son funcionales. Toda práctica lingüística, incluso la aparentemente más simple, comprende varios modos activos y reactivos, y siempre ante personas, acciones, objetos y acon-

tecimientos pertinentes a la situación en la que tiene lugar. El lenguaje solo tiene sentido como patrón práctico en situación frente a otros. Por ejemplo, cuando leo un letrero o aviso, primero observo en donde está situado y su ubicación respecto de otros letreros y de las cosas que le circundan. Gesticulo al leerlo, de acuerdo con su contenido, y hago comentarios en voz alta e indicaciones relacionadas. Puedo incluso tomar nota de algún aspecto del letrero, al tiempo que acuerdo con los que me acompañan qué hacer o hacia dónde ir. Leer no es el tipo de “acción” que ocurre en aislado, ni de otros modos lingüísticos, ni de otros comportamientos que forman parte de un episodio que siempre comprende a otras personas, así como a los objetos y acontecimientos en la situación.

El lenguaje no solo constituye una práctica social, sino que es la forma de comportamiento entre individuos que permite y hace posible toda relación social. Ya hemos insistido en que el lenguaje no consiste en articular sonidos o comunicar mediante sonidos o gestos un acontecimiento. Los sonidos y gestos que se constituyen en práctica lingüística, a diferencia de aquellos que realizan los animales no humanos, surgen a partir de la costumbre y son, por consiguiente, de naturaleza convencional. Aunque los gestos, expresiones y sonidos se desarrollan a partir de lo que permiten nuestros sistemas reactivos como especie biológica, no nos limitamos a ellos. Por el contrario, los movimientos y sonidos originales, disponibles al nacer, prácticamente desaparecen del comportamiento característico de cualquier individuo meses después del nacimiento. Esto es resultado del proceso de socialización que se inicia tan pronto tiene lugar el nacimiento del individuo, al cambiar de un medio (el placentario) relativamente insonoro, mecánicamente amortiguado y acromático, a un medio constituido por una diversidad de formas de estimulación táctil, auditiva, visual, postural, olfativa y gustativa, entre otras, que, en su mayor parte, provienen del comportamiento de sus cuidadores (progenitores y otros), en la forma de caricias, palabras, cantos, principalmente. Los gestos y sonidos del neonato son progresivamente moldeados para ajustarse a los sonidos y gestos propios de la lengua (la forma de lenguaje propia de un grupo o etnia) de sus cuidadores y semejantes. Precisamente, los sonidos que caracterizan a cada lengua humana, así como los gestos y expresiones que los acompañan, además de sus gramáticas (es decir, sus reglas de uso), destacan la convencionalidad del lenguaje como práctica social, propia de un grupo en circunstancias históricas específicas.

El lenguaje, dada su naturaleza práctica, surge y deviene como costum-

bre, y la costumbre, a diferencia del hábito que es repetitivo, se transforma y cambia como resultado de su propio ocurrir. La costumbre es práctica compartida, que se transforma gradual o súbitamente, dependiendo de las propias circunstancias que propicia y engendra como forma de relación entre los individuos en un grupo. Su carácter convencional no procede de un acuerdo previo, sino que se origina en el hecho mismo de su ocurrencia. En la medida que acostumbramos hacer algo respecto de algo, es que estamos de acuerdo, y no al revés. La costumbre como convención determina el acuerdo. Las lenguas surgen como prácticas sociales y su propio ejercicio es constitutivo de su gramática. No hay gramáticas previas o supraordinadas que las determinen, de la misma manera en que sucede con cualquier otra forma de práctica social: las leyes, las reglas, los acuerdos, siempre son reconocimiento de las propias prácticas y sus condiciones, y son posteriores a ellas. El hecho de que las palabras y los gestos sean arbitrarios en su forma (pero no en su uso u ocurrencia), permite que la práctica social, como y mediante el lenguaje, pueda ser autónoma, en su funcionalidad, de las restricciones que impone la realidad biológica y geográfica a todo comportamiento. Esta autonomía se manifiesta en el hecho de que la ocurrencia de los gestos y las palabras no está “ligada” necesariamente a la presencia o propiedades de ningún ser o cosa concretos con los que puede tener relación. No existe nada en el objeto “casa” que me obligue a designarlo o referirme a él con la palabra “casa”. De hecho, en cada lengua, las palabras son distintas, pues no guardan ninguna relación de necesidad con aquello que refieren o expresan, sino que su forma particular emerge de la especificidad situacional de su práctica, y de la costumbre que representa su uso continuado con ciertos propósitos. Del mismo modo, para decir “casa”, no debo estar frente a o dentro de una casa, lo que muestra que se puede hablar acerca de cosas, personas y acontecimientos no presentes, hablar o escribir incluso con palabras que no representan cosas, sino propiedades o relaciones entre cosas y personas, como cuando hablamos de la verdad, la belleza, etc. Este carácter desligable de toda forma de práctica lingüística, y de sus componentes, es lo que permite la organización social de los seres humanos, y la transformación continua de sus propias prácticas. Ser humano, sociedad y lenguaje son inseparables.

## **El sentido del lenguaje**

Hemos hecho hincapié en el lenguaje como una actividad, una práctica